

ALBERTO

LA ECONOMÍA POLÍTICA

LA ECONOMÍA POLÍTICA

Y EL CRISTIANISMO.

LA ECONOMÍA POLÍTICA

Y EL CRISTIANISMO.

I.

Son muchos los que creen que la Economía política es una ciencia absolutamente nueva, y para algunos el origen y existencia de esta ciencia no se estiende mas allá de los nombres de Quesnay, Smith y Malthus. Nosotros no podemos admitir sin restricciones este modo de apreciar el origen y existencia de la Economía política. Admitimos de buen grado que esta solo comenzó á presentarse con las formas y condiciones de ciencia, de estudio distinto y separado de la legislación y la política, desde la publicacion de las *Máximas generales de Gobierno Económico* de Quesnay. Admiti-

mos tambien que desde el último tercio del siglo pasado ha entrado en una nueva fase, adquiriendo notable desarrollo bajo la impulsión de los escritos publicados por Smith, Say, Malthus, Storch, Blanqui, Rossi, Bastiat y tantos otros, cuyos trabajos tienden á constituir la Economía política sobre bases y condiciones propiamente científicas, con sus principios, sus leyes y sus deducciones especiales.

Pero, ¿quiere decir esto que antes de esa época nada se sabia de Economía política? ¿Deberemos decir por eso que esta clase de estudios eran completamente desconocidos en los siglos anteriores?

La historia de los pueblos y su legislación nos enseñan que, antes que apareciera el sistema agrícola de Quesnay, habia dominado en las naciones de Europa, y con especialidad durante los siglos XVI y XVII, el sistema de las restricciones y privilegios, conocido en Economía bajo el nombre de SISTEMA MERCANTIL, sistema basado sobre la idea de que el oro y la plata constituyen la verdadera riqueza de las naciones.

Sabido es tambien que durante los espresados siglos, ó mejor dicho, en el último tercio del siglo XVI y primero del siglo siguiente, aparecieron ya escritos notables, en que se trataban de una manera mas ó menos completa los diferentes problemas de que se ocupa hoy la Economía política. Testigos la *Repubblica* de Bodin y el *Discurso sobre la moneda* de Scaruffi. Testigos tambien los escritos publicados á la sazón por

Davanzati, Montanari, y especialmente por el napolitano Serra.

Si quisiéramos hacer alarde de erudición, y no lo consideráramos innecesario al objeto principal que nos hemos propuesto al escribir estos artículos, no nos sería muy difícil comprobar con numerosas citas que no pocos escolásticos de los siglos XIII y XIV sabian algo de Economía política. La obra de santo Tomás *De Regimine Principum*, y la que con título igual escribió el agustiniano Egidio Romano, contienen pasajes notables sobre no pocos de los problemas á que se refiere la ciencia económica de los Estados.

Pero pasemos mas adelante en nuestra marcha retrógrada, y llegando hasta la antigüedad pagana, veamos si las naciones cultas anteriores al cristianismo, eran completamente estrañas á las nociones de Economía política.

Cierto, que no encontraremos entre los antiguos, ni tratados especiales y exclusivos de esta ciencia, ni el exámen y discusión de todas las doctrinas y problemas que abarca este estudio en nuestro siglo; pero esto no prueba de ninguna manera que sus sábios no meditaron sobre estos problemas.

Si no escribieron tratados especiales de Economía política, fué porque acostumbraban á separar la Economía de la Política. La constitución especial de la familia entre los antiguos, aun con respecto á las naciones mas civilizadas, como Grecia y Roma, constitución

de condiciones completamente diferentes de las que recibió después, bajo la influencia benéfica y regeneradora del cristianismo, hacia necesaria una ciencia especial, á la que apellidaban Económica, y que consideraban como distinta y separada de la Política. Sin embargo, en esa Económica, y sobre todo en la ciencia que apellidaban Política, hacían entrar, bajo una forma ú otra, muchos de los principales problemas que hoy se consideran como propios de la Economía política. Testigos la *República* de Platon, la *Económica* y la *Política* de Aristóteles, y los libros *De officiis* de Ciceron, en que se hallan tratadas muchas cuestiones económico-políticas, bien que en relacion con las instituciones sociales de aquel tiempo.

Ni es de estrañar tampoco que sus escritos y discusiones sobre esta materia fuesen limitadas, sin abarcar todos los problemas de la ciencia actual. ¿No sería absurdo el pretender que los griegos con sus pequeñas repúblicas, y los romanos con su pensamiento dominante de conquistas, se hubieran ocupado de aquellos problemas económico-políticos que dependen en su mayor parte y se hallan en relacion con el inmenso desarrollo del comercio y la industria en las naciones modernas? ¿Podían aquellos ocuparse de ese crédito moderno, con sus diferentes y multiplicadas formas y aplicaciones, que tan importante papel desempeña en la sociedad de nuestros dias, y que tanto influye en la produccion y acumulacion de las riquezas?

Por otra parte, es preciso tener en cuenta que la organizacion social de los antiguos era esencialmente diferente de la que han llegado á alcanzar las naciones modernas, formadas sobre las doctrinas é ideas traídas al mundo por el cristianismo, y sujetas por espacio de muchos siglos á su accion lenta, pero segura y esencialmente civilizadora.

Dejando á un lado otras infinitas diferencias, basta recordar la esclavitud que entraba como un elemento constitutivo en la organizacion de las antiguas sociedades, para convencerse de que la Economía política de Grecia y Roma, no podia ser la Economía política de la moderna Europa. Uno de los mas difíciles problemas de cuya solucion se ocupa la moderna Economía política, es el que se refiere al mejoramiento y bienestar de las clases obreras y á la estincion ó remedios del pauperismo. Pero este problema, ó no existía, ó cuando menos no podia existir con las mismas condiciones en las sociedades en que los esclavos, que constituían entonces la clase obrera, eran considerados como *cosas* y no eran admitidos á la participacion de los derechos civiles, como lo son, si no siempre en la práctica, á lo menos en principio, los obreros de nuestra sociedad.

En conclusion: creemos poco fundada la opinion de los que miran la Economía política como una invencion de los últimos siglos, y nos atrevemos á rechazar como apreciaciones superficiales las de aquellos que

piensan que esta ciencia nada ha significado en el mundo hasta que se ocuparon de ella los economistas de los últimos tiempos.

Prescindiendo de las ideas emitidas sobre esta materia por los buenos escritores de la edad media, y dejando también á un lado los ensayos mas ó menos completos, publicados á últimos del siglo XVI y principios del XVII, es incontestable que los filósofos y legisladores de la antigüedad pagana se ocuparon bastante de estas materias. Si no escribieron tratados especiales y exclusivos, fué porque esta ciencia se hallaba entonces como embebida en la Economía y la Política, y si no abordaron todos los problemas de que se ocupa hoy la ciencia, fué porque la organizacion social de los antiguos, diferente esencialmente de la nuestra, hacia cambiar necesariamente las condiciones de muchos de los problemas que pertenecen á la Economía política. Pero dejemos la Economía política de antiguos tiempos, y volvamos la vista hácia la de nuestra época.

El antiguo sistema mercantil habia ido desapareciendo poco á poco de las naciones de la Europa, y sobre sus ruinas levantábase el sistema agrícola de Quesnay, Dupin, Turgot y demás economistas franceses, cuando en 1771, aparecieron las *Meditaciones sobre la Economía política* del conde Verri, el cual dió un golpe mortal al sistema agrícola de los economistas franceses.

Verri solo habia destruido; faltaba un hombre capaz

de edificar. Desgraciadamente realizó esta empresa Adam Smith con sus *Investigaciones sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*. Y decimos *desgraciadamente*, porque Smith es como el jefe de esa escuela semi-materialista de Economía política, que solo ve en el hombre un capital y un productor de riquezas; escuela cuyos principios desecantes, y cuyas doctrinas egoistas tienden á hacer mas desgraciada la suerte de los pobres, en vez de aliviar su infortunio; escuela, en fin, para la cual casi nada significan y en la cual para nada entran la religion y la moral.

Se ha dicho y repetido á porfia que Smith es el verdadero fundador de la ciencia de la Economía política. Esta afirmacion es verdadera hasta cierto punto, si se consideran los trabajos de Smith bajo un punto de vista puramente literario; porque este escritor, abarcando en su obra, bajo procedimientos metódicos, todas las cuestiones de esta ciencia, determinando sus principios y leyes generales, desarrollando sus conclusiones y estableciendo teorías mas ó menos sólidas y verdaderas sobre los diferentes problemas de que ocuparse suele la Economía política, dió á las doctrinas económicas una forma científica mas completa y mas universal que la que hasta entonces habian alcanzado.

Empero, aparte de los defectos y errores en que abunda la doctrina de Smith, aun bajo el punto de vista literario y científico, para nosotros el error grande del sistema económico de Smith y el defecto capital an-

te el cual desaparecen todas las bellezas y méritos que suponerse quieran en sus escritos, es ese espíritu de egoísmo práctico, y esa indiferencia moral y religiosa que domina su sistema; espíritu de egoísmo y de indiferencia que el cristianismo no puede menos de condenar como opuesto á su enseñanza, á su historia y á su mision divina sobre la tierra en favor del hombre y de la sociedad. En medio de sus estensas teorías sobre la produccion y distribucion de las riquezas, sobre el consumo de las mismas y sobre las ventajas de la division del trabajo, Smith no halla ni busca nada para impedir la degradacion moral del hombre, no parece preocuparle en lo mas mínimo la suerte de esa clase infortunada de obreros que caminan rápidamente al embrutecimiento y la inmoralidad, sepultados en las fábricas y talleres; en una palabra, en la teoría de Smith el hombre moral y religioso no significa nada, y desaparece por completo ante el hombre material, ante el hombre máquina, ante el hombre productor de la riqueza. Por eso vemos á los partidarios de su escuela definir al hombre «un capital acumulado, que no tiene valor sino segun la masa de este capital en el interés de la produccion.» Por eso vemos á Say, principal representante y propagador en el continente de las teorías de Smith, afirmar osadamente que «la equidad no prescribe los socorros públicos.» Por eso vemos, en fin, á esa escuela encerrarse en el estrecho círculo de los intereses materiales, y prescindir enteramente de los intereses morales

y religiosos del hombre; investigar sin descanso los medios de llegar á una produccion ilimitada de riquezas, sin ocuparse del bien moral de los individuos.

¿Puede avenirse el cristianismo con semejante Economía política? ¿Puede dejar de condenar esas teorías egoistas, esas doctrinas, en que se halla encarnado un materialismo práctico tan desconsolante?

No, mil veces no. El cristianismo, cuya mision divina sobre la tierra es la rehabilitacion intelectual y moral del hombre en este mundo, abriéndole de esta suerte el camino para llegar á la consumacion de esta doble rehabilitacion en el seno de Dios; el cristianismo, que marcha siempre á su objeto y realiza sus destinos en el mundo, apoyándose sobre el gran principio de la caridad divina, no puede avenirse con esas frias teorías, que solo se ocupan del modo de acumular riquezas sin cuento en las manos del poderoso; que sacrifican la humanidad pobre á la humanidad rica, y que enseñan prácticamente á esta á pasar con indiferencia al lado de aquella. Y es por eso que, bajo la influencia de la enseñanza católica, no tardó en levantarse una nueva escuela de Economía política en oposicion con la escuela egoista de Smith, Say y sus discípulos. Algunos hombres reflexivos, reconociendo las funestas consecuencias prácticas de las teorías de la escuela inglesa, dieron á la Economía política un carácter mas humanitario, mas benéfico, mas fecundo y mas en armonía con la dignidad del hombre, haciendo entrar en la

ciencia el principio moral y el principio de beneficencia cristiana.

II.

Una vez iniciada en la ciencia esta direccion, el principio católico se apoderó de ella, y bajo su inspiracion apareció la verdadera ciencia de la Economía política, representada por la Economía político-cristiana. Solo en esta escuela pueden encontrarse las verdaderas teorías de la ciencia, porque solo el cristianismo puede dar una base sólida, segura y humanitaria á la Economía política. La Economía político-cristiana enseña que no es el fin de la sociedad, aun considerada en el orden puramente natural y civil, la simple produccion de las riquezas, sino mas bien su mayor difusion posible entre los hombres, pero con subordinacion al bienestar moral. La Economía político-cristiana no sacrifica la prosperidad y riquezas de los individuos á la riqueza y prosperidad de las naciones, sino que procura conciliar la prosperidad de las naciones con el bienestar del mayor número posible de individuos; atiende con marcada predileccion á las clases indigentes, y enseña que no debe procurarse la pros-

peridad y la abundancia de algunas clases, en perjuicio de los individuos y del mayor número de indigentes, y mucho menos aun en detrimento de sus intereses morales y religiosos.

Y no es que el cristianismo condene las riquezas y el poder de las naciones, como tampoco condena en principio su legítima adquisicion y posesion por parte de los individuos. Lejos de eso, el cristianismo hace del trabajo, principal productor y representante de la riqueza, una condicion necesaria al hombre, una ley divina y hasta una virtud de las mas recomendables. Lo que el cristianismo condena, porque no puede menos de condenarlo, es que las riquezas se tomen como fin y no como medio. Lo que el cristianismo reprueba son las teorías económicas que subordinan el hombre moral á las riquezas materiales; porque el cristianismo, que estimula, que aprueba y que manda el trabajo, quiere que la humanidad rica respete á la humanidad pobre; quiere que aquella no acumule riquezas materiales á espensas del bienestar material, moral y religioso de esta; quiere, sobre todo, que el gran principio de la caridad sea la base de las relaciones entre la primera y la segunda, y que los gobiernos y la legislacion se inspiren en ella cuando se trata del mejoramiento de las clases indigentes.

Tal es, en resumen, la enseñanza católica en orden á la ciencia económica; tales son las bases y los principios de la escuela cristiana de Economía política, en